



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LA ASOCIACIÓN "ALUMNOS DEL CIELO"

Sala Clementina

Sábado, 10 de noviembre de 2018

[Multimedia]

¡Queridos amigos de la comunidad Alumnos del Cielo, *Cerea*!

Estoy contento de recibirlos con motivo del 50 aniversario de la fundación de vuestra Asociación y del décimo aniversario de la muerte de su fundador, el padre jesuita Giuseppe Arione. ¡A todos mi cordial bienvenida! Vuestra asociación, dividida en dos grupos, *Revival* y *Amen*, se inserta en el antiguo y prestigioso *Istituto Sociale* de Turín, cuyo propósito educativo se enriquece con la experiencia espiritual de San Ignacio de Loyola. Con la ayuda de vuestro Asistente, el Padre Piero Granzino, os comprometéis a dar testimonio del Evangelio con la música y el canto para llegar al corazón de todos, incluso a cuantos están lejos de la Iglesia o de la fe.

Vuestra misión se cumple en el surco del carisma y del testimonio del Padre Arione, quien, teniendo en cuenta las orientaciones del [Concilio Vaticano II](#) para una Iglesia en diálogo con el mundo contemporáneo, en 1968 opuso a la contestación la actitud de la acogida. Se dedicó a una forma de apostolado que utilizaba la música y el canto como lenguajes capaces de transmitir de manera universal la belleza y la fuerza del amor cristiano. Fue “a las encrucijadas de los caminos”, incluso a lugares hasta entonces inexplorados por la Iglesia, para encontrarse con los niños y los jóvenes allá donde se reunían y organizaban. A todos, sin distinción, se dirigió con empatía y benevolencia, proponiendo un camino de fe y fraternidad. El objetivo era evangelizar con el canto, proponiendo una fe que anuncia y canta el amor de Dios, generando amistad y compartición fraterna.

Os animo a proseguir el carisma de este generoso jesuita, renovándolo en sus formas pero conservando su inspiración profética, que sigue siendo válida y actual. Para hacerlo, es necesario

cuidar la propia vida interior, sin dejársela “robar” por el ruido mundano, sino cultivándola a través de la oración personal y comunitaria, la escucha de la Palabra de Dios, la participación asidua en los sacramentos, especialmente en la confesión y en la eucaristía. Así, vuestras voces y vuestras melodías no solo agradarán al buen gusto musical, sino que, enriquecidas por vuestro testimonio de vida cristiana, favorecerán en aquellos que las escuchan el deseo de comunión con Dios. De esta manera, seréis cada vez más heraldos entusiastas del Evangelio.

Vuestra misión está arraigada en la tradición de las Escrituras, especialmente en los Salmos, que invitan a celebrar al Señor con la cítara, a cantarle y alabarlo con cuerdas y flautas (cf. *Salmos* 33, 150). Cantar bien requiere esfuerzo y buena voluntad, pero es un esfuerzo gratificante, ya que eleva al ánimo haciéndolo más sensible a la voz del Espíritu, especialmente cuando con vuestros cantos acompañáis las celebraciones litúrgicas, consintiendo a los fieles una mayor cercanía y una intimidad más profunda con Dios. Así, contribuís a expresar la alegría, la confianza, el arrepentimiento, el amor ... El canto es un lenguaje que lleva a la comunión de los corazones; os agradezco particularmente que, atravesando todas las fronteras, difundáis un mensaje de paz y fraternidad.

En el coro se experimenta la alegría y el encanto de la polifonía. Os exhorto a que seáis “polifónicos” incluso en la vida cotidiana, tanto entre vosotros como con los demás. En primer lugar, tened en cuenta que, todavía más que por la belleza de vuestros cantos, os reconocerán como discípulos y testigos de Cristo si os amáis los unos a los otros como Él nos ha amado. Por eso estáis llamados a ser un solo corazón y una sola alma. Y hacia los demás, recordando la pastoral de vuestro fundador en favor de los pobres y de los artistas del circo, podréis continuar acogiendo a estas personas en vuestras comunidades y familias, escuchándolos, cantando con ellos el “Evangelio de los pequeños”. Este es vuestro modo de ser Iglesia misionera, capaz de contagiar y atraer a aquellos que esperan, quizás sin saberlo, un encuentro con Jesús.

Sé que a menudo meditáis las palabras del padre Arione: “Camina para buscar a otros, detente para encontrarte”. La sonrisa de vuestros rostros, la frescura de vuestras voces, la armonía de vuestros cantos, os dispongan a la oración y susciten en cuantos os escuchan la alegría de la vida verdadera y la esperanza en el futuro. Con estos deseos, quiero renovaros el aprecio de la Iglesia por vuestro apostolado y, mientras os confío a la intercesión de la Virgen María y de Santa Cecilia, os bendigo a todos y a vuestros seres queridos. Y por favor, acordaos de rezar por mí. ¡Gracias!

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana